

—¡Qué me ha de apurar, señor! Ya sabe su mercé como el diablo, que no duerme, hizo que mi muchacho Culás viera de buen ojo á Marantofña, esa que va á ser su mujer agora mismo, y luego que me lo dijo, le dije yo:—Hijo, yo estoy opuesto á cuanto tú quieres, porque la muchacha es buena y más mejor es que te cases que no te quedes ansina. Y yo luego luego dí traza para pedírsela á su padre el tío Benino, quien no se hizo mucho de rogar, y como ya todo estaba de punto, quije que no quije fué menester buscar dinero, porque para todo quieren dinero en esta triste vida, y por el dinero baila el perro, como su mercé sabe...

—Estimo tus favores, dijo el coronel; pero sigue tu cuento sin rodear tanto, pues según vas, pienso que no lo acabas en ocho días...

El eclesiástico y los demás señores suplicaron á don Rodrigo que dejase hablar á su criado cuanto quisiera y que se explicara conforme fuera su gusto, porque ellos no lo recibían menos al escucharlo. El coronel dijo á Pascual que continuara, y éste, con la misma sencillez que comenzó, prosiguió su cuento de esta manera:

—Pos señor, como era menester dinero, ¿qué hago? cojo y vendo un burro mestro, con perdón de sus mercedes, y dos vacas paridas, que por todo me dieron cincuenta pesos; á juera de esto, empeñé las tierritas

de Culás en veinte pesos, que hacen treinta... cuarenta... cincuenta... setenta pesos; y como no alcanzaba para los gastos, se acordará su mercé que le pedí veinticinco pesos prestados, que son cincuenta... sesenta... setenta... setenta y uno, setenta y dos, setenta y tres, setenta y cuatro, setenta y cinco, y veinte, son noventa y cinco pesos cabalitos, sin medio más ni medio menos; y de este dinero gasté diez y seis pesos, que le dí al señor cura por el casamiento; seis varas de indianilla para la novia, que costaron á once reales y medio cada vara: que son... seis pesos por un lado y seis pesetas... ¡Válgame Dios! seis pesetas y luego seis reales y seis medios... En fin, señor amo, agora no puedo ajustar la cuenta; pero allán casa con mis frijoles y mis habas se las ajustaré en un brinco, porque los frijoles son reales y las habas pesos, y ansina se cuentan ocho frijoles y se aparta una haba; se cuentan otros ocho y se aparta otra haba, y en una carrera se ajusta cualquier cuenta.

No pudo menos Pudenciana que reirse grandemente del modo de contar de Pascual, y se acordaba con agradecimiento de las reflexiones que su papá le había hecho cuando le enseñó á valerse de los números.

Pascual, que no entendía lo que hablaban, y que ya rabiaba por contar el motivo de su aflicción, dijo:

—Perdone su mercé que la encuarto; pero yo he

gastado todo ese dineral, pensando quedar bien debajo de ser un probe; pero como no hay gusto cumplido en esta triste vida, de una hora á otra se me cayó el gozo en el pozo; porque la verdad, yo pensé que vinieran sólo sus mercedes y la señora doña Frosina y su niña, y me voy jallando esta mañana con todo el patio lleno de gente, y estoy que se me quée la cara de vergüenza, al ver que agora vamos entrando en Tacubaya con coche y tantos caballos, y señores y señoras tan decentes, que parece que van al casamiento de la virreina, y todo el pueblo se alborotará, y yo quijera quedar bien, y en esto que no alcanza la comida, pues cuando más y mucho habrá para veinte almas, y sólo aquí vamos más de los veinte, ajuera de los parientes y conocidos que están allán casa, que no sé cómo nos vendrá la gurupera. Vea su mercé si mi apuración es moco de pavo, y si tengo razón, no digo para ir triste, sino para llorar lágrimas de sangre, porque será bravo dolor que después de despulsarme por quedar bien, no tenga agora ni qué dárles de comer á estos señores, que para su mercé no faltará.

Rieron todos á carcajada suelta luego que Pascual acabó su relación, porque al concluirla miró á todos, suspiró y puso una cara de jugador cuando se le arranca el último peso y no tiene á quién pedirle.

La bulla y algazara que armaron fué tal, que la oyó Eufrosina, quien hizo parar el coche para informarse del

motivo. Se lo contó el señor Labín en dos palabras, y todas las niñas que iban en el coche alternaron en la risa con los hombres.

Pascual no dejó de ciscarse,¹ y no quisiera verlos tan alegres á su costa. El coronel advirtió la incomodidad de Pascual, y para sosegar un poco la risa general, llamó la atención de todos, diciendo:

—Señores, la candidez del pobre Pascual me trae á la memoria el cuentecillo de aquel rey, que habiendo salido á caza le anocheció, y perdido, sin encontrar el camino real, no tuvo otro arbitrio que hospedarse en un cortijo ó rancho miserable, donde los monteros, soldados y criados acabaron con cuanto había para dar de cenar al rey y su corte, y cenar ellos. Pasó la noche, y al día siguiente, al despedirse el rey del pobre viejo, dueño del rancho, le dijo que le pidiese alguna merced. Él entonces, con lágrimas en los ojos, le dijo: — Señor, el mayor favor que pido á vuestra majestad, es que en la vida me vuelva á hacer otra visita, porque si en una noche han destruído sus criados todo el fruto de mi trabajo de muchos años, en asegundando otra visita me echará vuestra majestad á pedir limosna con mi familia. Al rey le cayó en gracia la ingenuidad y sencillez de aquel labrador, y lo dejó consolado, resarciéndole sus pérdidas generosamente. Tú, Pascual, consuélate también, y está

¹ Ponerse colorado por la vergüenza.— E.

seguro, no sólo de que alcanza la comida que has dispuesto, sino que sobra, porque todos estos señores son de muy poco comer.

No calmó mucho esta esperanza la tristeza de Pascual; y así continuó en silencio y con su cara de herrero hasta que llegamos á Tacubaya.

Poco antes de las nueve de la mañana entramos en aquel ameno pueblecito, y al instante comenzaron á repicar en la parroquia. Muchos creyeron que el repique era por nosotros; mas se engañaron, pues fué el primero para llamar á la misa mayor, y estaban avisados los campaneros para que luego que entrásemos repicaran.

Pascual quería que los cocheros se dirigiesen á su casa; pero el coronel mandó que fuesen á las curales. El párroco, que había sido condiscípulo del coronel y era muy su amigo, lo recibió con la familiaridad más cariñosa y con mucha atención á los demás señores.

Don Rodrigo, advirtiendo que ya se acercaba el tiempo de la misa, trató de que fuésemos á la casa de la novia para conducirla á la iglesia.

Ya estaban esperándonos los novios, sus padres, amigos y parientes. Culás estaba de gala con sus calzones de pana azul galoneados y bien surtidos de botones de plata; unas buenas botas picadas y bordadas de oro y azul; sus zapatos abotinados de cordobán, de los que llaman de boca de cántaro; una muy curiosa cotona de

indianilla verde guarnecida de listoncito de color de rosa; su mascada del mismo color; su sombrerito redondo, pardo y con toquilla y galón de plata; concluyendo este lujo con una famosa manga de paño azul con dragona carmesí y flecos de oro.

La novia no estaba menos decente en su clase, porque tenía un traje de indiana fina de fondo lacre; su mascada de las que llamaban de arco iris; sus aretes de piedra inga muy relumbrantes; unos tres ó cuatro hilos de perlas finas, aunque menudas, sus cintillos de iguales piedras que los aretes; una porción de listones en la cabeza, á los que sujetaba una peineta de carey, y remataba su compostura con unas medias de seda, nuevas de primera, y unos zapatos de raso color de rosa bordados de plata.

Culás era un mocetón alto y bien formado, rubio y como de veintiséis años de edad, y Marantofía, como lo decía Pascual, sería como de diez y ocho ó diez y nueve, gordita, no muy alta, blanca, *huera*, colorada y con unos ojos grandes y negros, los que, juntos á una buena tez de cara y á una boca pequeña, encarnada y habilitada de buenos dientes, hacían una figura agradable.

Luego que pasaron las humildes saluciones de todos aquellos pobres, sacó doña Eufrosina un túnico negro, una mantilla y un abanico, todo muy bueno, como que era de gala, y quería que luciera la ahijada

de su hermana; pero ésta, luego que entendió que la iban á vestir con aquella ropa, poniéndose más colorada de lo que era, le dijo:

— ¡Ay! no, señora; yo con su licencia no me pongo esos sacos prietos. Esos se quedan para las señoras como su merced; pero ¡para mí que soy una pobre paya! En mi vida me he puesto eso; ¿qué dirán mis amigas si me lo ven puesto? Ya parece que las oigo. Dirán: — Mire la ranchera motivosa; ayer andaba arreando vacas con sus enaguas de jerguetilla y agora sale izque con túnico negro, como una marquesa ó una conda. — Así dirán, y otras cosas más peores. Conque no, señora; yo iré á la iglesia con mi rebozo de seda que me ha comprado mi señor padre, y que se queden esos vestidos para los ricos, ó para los probes que quieran ser ridículos...

— ¿Pero esto, cómo se tree? preguntaba por el manejo del abanico.

Se lo enseñó Eufrosina, y abriéndolo con las dos manos, se soplabá con mucha gracia y decía:

— Pos mire, este sí que es un bonito aventador. ¡Ay! ¡cuánto muñequito tiene! ¡cuántas florecitas! ¡y qué varitas tan doradas! Este sí, lo llevaré para soplar-me en la iglesia ansina que me apure la calor.

Todos se refán por la sencillez de María Antonia, que hubiera llevado el abanico como decía, si se lo hubieran dejado; pero doña Matilde le dijo:

— Hijita, esto no lo puedes llevar si no te pones el túnico negro y la mantilla; y á más de esto era menester que lo supieras manejar con garbo y con una mano, porque sino, te harían burla cuantos te vieran.

— ¡Oh! pos en siendo ansina, masque nunca lo lleve: que se quede ahí, que á bien que si me apurare la calor me soplaré con la punta de mi rebozo, que esa sí la sé menear bien con una mano y sin miedo de que se quebre, como puede suceder al aventador pintado.

El coronel dió prisa á las señoras para que nos fuéramos á la iglesia, porque ya se había dado el tercer repique para la misa: y así, poniéndose Marantofía su rebozo, se dirigió la comitiva para la iglesia.

En el camino decía el coronel á doña Matilde: — ¿Has de creer que me gusta la novia? — ¡Hola! ¿te gusta? pues cástate con ella... — No es eso lo que te digo: me agrada en ella su carácter sencillo y su juicioso modo de pensar. ¿No oiste qué oportuna lección de conformidad dió á más de cuatro que la escuchaban cuando rehusó ponerse el túnico negro? Esta es mucha humildad y moderación en una payita joven, de quien se debía esperar que estuviera deseosa de parecer bien y de componerse, aunque fuera de prestado, como lo hacen tantas, aunque no estén de boda; pero María Antonia ha conocido la vanidad de este deseo, y no